

MI ABUELO, HÉROE CIVIL DE LA ARMADA DE CHILE

*DIPLOMA DE HONOR*

*REPÚBLICA DE CHILE*

*DEPARTAMENTO DE ARICA*

*“La H. Junta de Alcaldes, en nombre del pueblo de Arica, confiere este Diploma y una Medalla, costeados por la tripulación de la Corbeta “General Baquedano”, por la tropa de los Regimientos de Infantería “Buín” y “Pudeto”, por el Grupo “Arica” de Artillería de Costa y por la Cruz Roja de Mujeres de Chile,*

*Al Señor Juan Francisco Olivares C.*

*Como justo premio y reconocimiento por el espíritu de abnegación y sacrificio demostrado la noche del 24 de Julio de 1920, en la cual, con riesgo de la vida, ayudó a las tareas de salvataje de la tripulación de una lancha de la Corbeta “General Baquedano” que se volcó en esta bahía durante esa noche de temporal.*

*Arica, 18 de Setiembre de 1920”*

Diploma firmado por el gobernador Sr. Renato Valdés y los alcaldes de esa época.

He querido comenzar la historia de mi abuelo paterno Juan Francisco transcribiendo este diploma tan especial y significativo para él, y, así, dar a conocer y ahondar en este pasaje tan importante de su vida y su futuro destino.

Mi abuelo, en ese entonces, era un hombre de 40 años, estibador, casado con Aurora Gahona, padre de cuatro hijos, Lucía, Leontina, Elena y Edmundo y uno

por nacer, su esposa estaba embarazada de 4 meses de su quinto hijo. En esa noche de invierno del 24 de julio, al despedirse de su esposa y besar a sus hijos, nada hacía presagiar el aciago acontecimiento por venir y la relevancia que tendría para su persona.

Por su trabajo, mi abuelo estaba acostumbrado a las inclemencias del tiempo, calor abrazador en su espalda en verano, sentir el viento en su cara y el frío penetrable en sus huesos en la estación invernal, pero él se destacaba por ser un trabajador responsable, debía cumplir con su labor y llevar el sustento a sus hijos, de ahí que esa noche se encontraba en la bahía, pero, el cielo se llenó de lluvia y tormenta, cuando el temporal aumentaba en su intensidad, a lo lejos se avista una lancha con tripulación de la Corbeta "General Baquedano", que luchaba con el fuerte e imponente oleaje y el viento rizado en el mar, consecuentemente, ante la majestuosidad del evento, zozobra, cayendo los marinos al mar, alertados de esta situación y conscientes del peligro inminente de que ellos perdieran la vida en ese mar airado, la Armada, organizó una patrulla de salvamento para socorrer a sus compañeros, y, en una acción inmediata se suma mi abuelo, delatando así la grandeza de su alma, la generosidad de sus actos y el reconocer el valor de toda vida humana.

Después de momentos angustiantes y estremecedores en la lid de agua, lluvia, olas caracoleadas de fuerza y tamaño, la esperanzadora ayuda llega al caos, a una escena inefable, de gritos desesperados, de cuerpos que se hundían, de rostros aterrados, de brazos braceando para no ser tragados en ese mar patrio; rápidamente

empiezan la tarea de rescate, personal de la marina se arroja al agua y mi abuelo en un acto de valentía y arrojo sin dudar un segundo también ingresa al mar empujando cooperando con el rescate de los marineros.

De esa fatídica noche, quedó el dolor de cuatro marineros que perecieron, el enfermero segundo Juan Gutiérrez y los grumetes Enrique Carvajal, Alfredo Suárez y Luis Morales, quienes fueron despedidos con todos los honores y sus restos sepultados en el Campo Santo de Arica, de la satisfacción del deber cumplido de parte de la Armada de salvaguardar la vida humana en el mar y de la acción valiente y conmovedora de un civil, Juan Francisco Olivares Calderón, quien poniendo en riesgo su propia integridad ayudó en las tareas de salvataje.

Como bien reza en su diploma, mi abuelo fue premiado en una ceremonia donde la comunidad de Arica agradeció su gesto heroico.

Mi abuelo, siguió con su vida de padre, esposo y estibador, a los años migra con su familia a Antofagasta, compra una propiedad que comparte con su esposa y sus cinco hijos, cabe recordar, que su esposa estaba embarazada en la fecha del naufragio, su hijo a quien bautizarían con el nombre Raimundo, nacería el 29 de noviembre de ese año, -quien al pasar los años emigra a Viña del Mar, conoce a mi madre, Violeta Fernández, se enamora de ella, se casa y funda una familia de cuatro hijos.-

Luego de un tiempo, la familia de mi abuelo, aumenta, nacen sus hijos Tomás y Raquel, pero, sufre la pena del fallecimiento de sus hijos mayores, Lucía y Edmundo; más no es la única pérdida que él debe asumir, en el año 1932 fallece en

labores de parto su amada compañera y su hija neonata, apesarado entrega la tuición de sus hijos a su hermana Elena.

Mi abuelo, viudo, padre y estibador debe seguir su camino trazado, su oficio lo realiza en la bahía de Tocopilla, ser estibador significa que se ocupa de la carga y descarga de un buque, faena conocida por ser ardua y riesgosa ya que muchas veces las tolvas caían sobre los lanchones, provocando accidentes y muerte.

Así, una fatídica mañana del 3 de noviembre de 1934, y el azar del destino, se confabulan para desatar la tragedia: el desplome de una tolva cegaría la vida de este hidalgo, quien en un momento de su existencia demostró una extraordinaria valentía, mi abuelo Juan Francisco muere a sus cincuenta y cuatro años.

En el documento de su Acta de Defunción, sin versos ni balada, sólo se inscribe conciso, la causa de su muerte: fractura de base de cráneo.

A pesar de su muerte prematura, la historia de su vida y en especial su acto heroico ha quedado grabada en el recuerdo y guardada en el corazón de sus nietos y nietas por siempre, quienes a pesar de no conocerlo sienten un profundo cariño y respeto por él.